ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

GÉNESIS

(CONTINUACIÓN)

La belleza, unidad de la cantidad *amor*, se deriva del bien y del amor, del mismo modo que el bien se deriva de la libertad y de la voluntad; es decir, que un ser humano ó sobrehumano que pudiere elevarse á las alturas del bien, ó lo que es lo mismo, que por las condiciones matemáticas y metafísicas de su existencia se viere obligado á practicar constantemente el bien, encontraría un número infinito de modos dobles y simétricos de practicar el bien, y en medio de esta infinita dualidad de cosas buenas, de este infinito que designamos con la palabra amor, hallaría una combinación sin pareja, única, que es la belleza, la línea recta metafísica del amor.

En la tabla pitagórica de las cantidades inextensas, hay, pues, una línea, cuyos tres términos

cero	*infinito*	*unidad*

son respectivamente

la voluntad.	*el libre albedrío.*	*el bien.*

y siguiendo la ley constante y general del proceso evolutivo *el bien*, es, á su vez, el cero de la siguiente clase de cantidad, en la cual aparecerán, como en todas, cosas nuevas que antes no existían, ó mejor dicho, cosas

que existían potencialmente contenidas y ocultas en la unidad ó especie anterior.

Los términos de la cantidad *bien*

cero *infinito* *unidad*

son respectivamente

el bien *el amor* *la belleza.*

El *bien* en reposo, es el *cero* de la c ntidad-belleza.

El movimiento ó ejercicio del *bien*, puede efectuarse de infinitos modos, dobles y simétricos. El conjunto de todos estos modos dobles en número infinito es el *amor*. El modo *único* de todos estos movimientos dobles, la unidad pitagórica del amor, es la *belleza*.

La belleza es la última clase de cantidad que el hombre puede considerar, entendiendo por hombre, el hombre-artista, porque suponemos que el lector ha establecido esta escala:

El animal.
El hombre-*pensamiento.*
El hombre-*voluntad.*
El hombre-*bien*, que procura ejecutar siempre cosas buenas.
El hombre-*belleza*, el artista, el hombre bueno que procura ejecutar siempre cosas bellas. El artista es un semidios durante los brevísimos instantes de su inspiración. Un ser sobrehumano que pudiese ser un artista en estado de inspiración permanente, que estuviese obligado por las necesidades metafísicas y matemáticas de su condición á ejecutar constantemente cosas bellas, ese hallaría ante sí una infinidad de bellezas, todas dobles y simétricas, y en medio de esta infinita dualidad de la belleza, de esta clase de infinito correspondiente y jerárquicamente superior al infinito del libre albedrío humano y al infinito del amor, una combinación única y sin pareja, la divinidad, la unidad suprema, EL PRIMER UNO de los pitagóricos que cierra y principia el círculo de la evolución.

Los tres términos de la cantidad *belleza*

cero	*infinito*	*unidad*
la belleza,	*el universo*, infinito de todas las cosas bellas posibles, dobles y simétricas.	*Dios*.

son respectivamente

Resumen: las últimas *líneas* de la tabla pitagórica, pueden, por lo tanto, ser expresadas de este modo:

CEROS	INFINITOS	UNIDADES
. . . .	. . . .	. . . .
reposo	no hallo nombre para el conjunto de las infinitas combinaciones dobles y simétricas del reposo cuya unidad es el movimiento, como no sea el de estática.	movimiento
movimiento	las infinitas formas del movimiento tienen por unidades,	la atracción, el magnetismo, la electricidad, el calor y la luz.
fuerzas físicas, magnetismo, etc.	sus infinitas combinaciones constituyen el mundo fenomenal, y tienen por unidad	la sensibilidad.
la sensibilidad	sus infinitas combinaciones tienen por unidad	el pensamiento.
el pensamiento	sus infinitas combinaciones tienen por unidad	la voluntad.
la voluntad	el libre albedrío	el bien
el bien	el amor	la belleza
la belleza	el universo	Dios.

Las primeras líneas de la tabla pitagórica, cerrando el circuito de las últimas, serían éstas:

CEROS	INFINITOS	UNIDADES
Dios	El espacio metafísico, conjunto de *lo racional* hegeliano, de los *números* pitagóricos, de *las ideas* platónicas y de los *arquetipos* escolásticos.	el punto matemático inextenso.
el punto	el espacio	la esfera
la esfera	el espacio en movimiento	el átomo central
el átomo central	la nebulosa central formada por la producción incesante de átomos emanados del átomo central del universo.	el protoplasma conjunto de 4 átomos *vivos* en forma de tetraedro regular.
el tetraedro	las infinitas combinaciones posibles del tetraedro en las nebulosas parciales disgregadas de la nebulosa central.	el cubo.

Del cubo salen después todas las formas que en él están potencialmente contenidas y ocultas: primero el grupo de 7 cubos ó hidrógeno, después el grupo de 8 hidrógenos ú oxígeno, el grupo de 6 hidrógenos ó carbono y el grupo de 14 hidrógenos ó azoe. Después todas las demás combinaciones poliédricas regulares, derivadas de estas cuatro combinaciones elementales del cubo, esto es, todas las formas inorgánicas y orgánicas hasta el hombre

El que no estudie profundamente la geometría del tetraedro regular, carece de competencia para negar la certeza de mi teoría de la evolución. Por algo puso Pitágoras en el frontispicio de su escuela: «No entre aquí nadie que no sea geómetra.»

En definitiva, la divinidad es la unidad de la belleza; la belleza, la unidad del bien; el bien, la unidad de la voluntad; la voluntad, la unidad del pensamiento; el pensamiento, la unidad de la sensibilidad; la sensibilidad, la unidad de las fuerzas físicas, calor, luz, electricidad y magnetismo; las fuerzas físicas son unidades derivadas en no sabemos qué orden de la atracción; la atracción es la unidad de los movimientos de expansión y condensación del átomo al convertirse de punto inextenso en espacio ó esfera de radio sin cesar creciente, y de espacio á reducirse al tamaño cero del punto matemático; el átomo es la unidad del punto matemático en movimiento.

El punto inextenso es la frontera que une y divide las dos porciones simétricas del universo visible y del universo invisible ó inextenso; es como una lente de dos diferentes convexidades, por la cual mirando desde el mundo inextenso, vemos las formas todas de la naturaleza, y mirando desde el lado opuesto, vemos las figuras geométricas conjugadas de las formas de la naturaleza, las formas inextensas de lo racional llámense ideas platónicas, arquetipos escolásticos ó números pitagóricos.

Si representamos el mundo inextenso contenido dentro del punto matemático, como una esfera (figura geométrica conjugada del infinito espacio) el centro del punto matemático, el centro del espacio metafísico, es la nada absoluta, es el cero común de todas las cantidades que contiene potencialmente el infinito de todas las cantidades y las perfecciones posibles, es el contenido hipostático de todas las perfecciones del *ser*.

Ese espacio metafísico, esa esfera (llamémosla así para hacerla asequible á nuestra razón), cuyo centro es la nada absoluta, y cuya superficie es la nada de la extensión, el punto matemático, es Dios, la reunión hipostática del primer cero, del primer infinito y de la primera unidad; en una palabra, «*El primer uno*», el primer término de la evolución, de donde nacen sucesivamente la unidad de la belleza, la unidad del bien y la de la voluntad, y la del pensamiento, y todas las unidades metafísicas ó arquetipos racionales que tienen por última expresión el punto matemático, del cual, al moverse, convirtiéndose en espacio ó esfera de radio infinito, van saliendo ó manifestándose todas las formas que en él están potencialmente contenidas, todas las combinaciones posibles del espacio consigo mismo, el átomo, el tetraedro, el cubo, el dodecaedro y todas las sucesivas transformaciones poliédricas que constituyen la naturaleza, que en nuestro planeta termina en el hombre dotado de voluntad evolucionando hacia el bien.

En otros mundos de evolución más adelantada, más perfectos, más alejados del punto central del universo, trono y mansión de la divinidad, habrá especies superiores á nuestra especie humana; humanidades compuestas de hombres que, por las condiciones necesarias de su existencia, no sólo tengan el dón divino de la voluntad, sino que estén obligados á practicar constantemente el bien.

En nuestro propio planeta, es probable que los hombres fuesen mejores sólo con aumentar la duración de su vida; porque un hombre que

viviese unos cuantos millones de años podría ser más sabio y concluiría por ser más bueno.

Y habrá otros mundos más dichosos todavía, en que los hombres, no sólo sean santos y buenos, sino que por las necesidades matemáticas y metafísicas de su condición, se vean obligados á no hacer más que cosas bellas, cosas que sin ser divinas, se aproximen bastante á la divinidad.

Más allá de estos mundos, habitados por semidioses, por hombres artistas y buenos y sabios, habrá otros mundos de imposible representación en nuestra imaginación, los infinitos grados que hay entre la belleza finita humana y la belleza infinita divina.

En resumen, el concepto de la unidad es la raíz común de la ciencia filosófica y de la ciencia matemática; la evolución es una serie matemática de *unos* pitagóricos, de unidades de diferentes clases, derivadas unas de otras por la ley combinatoria, á virtud de la cual aparecen en cada unidad cosas nuevas potencialmente contenidas en las unidades anteriores; el tetraedro regular, compuesto de cuatro átomos *vivos* equidistantes, es el verdadero protoplasma, la primera unidad de los volúmenes; las combinaciones regulares del tetraedro regular son las unidades superiores que llamamos minerales, vegetales, animales y hombres.

El primer término de esta serie matemática es cero, ó lo que es lo mismo, *el primer uno*, que contiene potencialmente á todos y cada uno de los términos, en número infinito, de la serie, á todas las siguientes unidades.

El gran secreto pitagórico consiste en afirmar que el cero es la integral de la serie, que la nada no existe, porque la nada es algo, y no sólo es algo, sino que es todo, porque la nada es el ser; que cada término de la serie contiene en acto á los anteriores y en potencia á los posteriores; que todas las cosas se reducen á números, á formas matemáticas; que éstas son todas dobles, simétricas, conjugadas, *ying* y *yang;* en una palabra, masculinas y femeninas, adición y sustracción, multiplicación y división, elevación á potencias y extracción de raíces, integración y diferenciación; que en medio de esta infinita dualidad de todas las cosas, existe *la unidad*, la síntesis de las dos sexualidades, en que coinciden y se confunden todas las parejas de contrarios, la forma andrógina ó bisexual que representa la perfección absoluta; que así como la sexualidad es la aparición del número primo 2, todas las concepciones trinitarias representan la aparición del número 3, la antigua doctrina de los cinco

elementos la aparición del número 5, y en general, la serie matemática de la evolución, es la aparición ó manifestación de los números primos y de las formas geométricas, mecánicas, biológicas y metafísicas que á cada uno corresponden.

El concepto de la unidad es la brújula indispensable en toda investigación científica, y la experimentación geométrica, ó, sea, el estudio de las transformaciones poliédricas, la verdadera experimentación, la única racional para descubrir los misterios de la naturaleza, sometiéndolos al criterio de las matemáticas, que es infalible ó exacto cuando el cálculo se funda en el concepto pitagórico de la unidad.

(Se continuará.) ARTURO SORIA Y MATA.

CARTAS Á UN SACERDOTE CATÓLICO

(CONTINUACIÓN)

III

MI QUERIDO AMIGO:

VUESTRA cándida confesión de que veis que tanto vos como vuestro Evangelio no se necesitan para nada en los barrios bajos, da mucho que pensar. Fué un experimento atrevido, y parecía, á lo menos en lo que á vos se refiere, que iba á tener éxito. Todas las tentativas anteriores, que yo sepa, se han basado en formar un pequeño número de los pocos católicos que hay mezclados en todas partes con los demás, alrededor del cual se esperaba hacer conversos de los de afuera. Pero este sistema, aunque da cierta seguridad de éxito aparente, confunde los resultados. Vos decidisteis, sencilla y rectamente, presentar vuestro Cristianismo y probar lo que podíais hacer con él, en el mundo de obreros que os rodea: mundo que nada sabe del Dios cristiano, ni le importa nada de Él. Difícilmente pudiera encontrarse otra persona más á propósito para la empresa, y esto da un profundo significado á vuestra confesión, de que, hasta ahora, ha sido un fracaso completo. Si vos mismo no me lo hubieseis recordado, yo, que respeto profundamente las leyes de la amistad, no os hubiera dicho: «os lo previne» pero así es la verdad.

Recuerdo que cuando estuvimos examinando juntos el terreno, entramos en una iglesia anglicana que estaba abierta, y al mirar los cuadros de las paredes, el púlpito y la Mesa de Comunión, que resumían los medios de acción, os manifesté el pronunciado sentimiento que experimentaba de que todo aquello era un «residuo», como dicen los hombres de ciencia, un puro anacronismo útil quizás hace cincuenta años, cuando la miseria en que vivían parecía á todos, al sacerdote lo mismo que al pueblo, parte del orden inevitable de la Naturaleza, y todo lo que podía esperarse era obtener alguna compensación después de la muerte; pero ahora parece completamente fuera de tiempo. La educación de las clases más pobres significa lo siguiente: que ahora saben que es muy posible para ellos tener una justa participación en las cosas buenas de esta vida, si sus gobernantes cumplen con su deber; ven á sus hijos que se convierten en una raza nueva más saludable, viviendo en un ambiente mejor y con buena instrucción, y ante la satisfactoria perspectiva de una vida mejor en *este* mundo, han cesado *por ahora*, y con razón, de ser susceptibles á los motivos de acción, derivados de un mundo futuro del que nada conocen. Y vos me contestasteis con un entusiasmo noble y desinteresado, que yo respeté sin participar de él: «Sí, puede que así sea, pero me siento fuerte con la conciencia de mi misión divina; es la propia verdad de Dios la que tengo que proclamar. Su Santo Espíritu está aquí para guiarme y ayudarme; ¡no puedo fracasar!» Yo escuché en silencio; no quise decir una palabra que menguara vuestro ardor; pero yo conocía mejor que vos, á pesar de toda vuestra experiencia, la masa sólida de insensibilidad, contra la cual íbais á lanzaros tan confiado; y cuando después de seis meses de trabajo admitís tristemente que (repito vuestras propias palabras) «hasta ahora *no habéis conseguido nada*», reconozco simplemente en ello lo inevitable.

Y, sin embargo, esta gente — la parte mejor y más inteligente de la clase obrera — es la única que en realidad vale la pena de ser convertida. Es inteligente, pensadora y sin prejuicio alguno contra vuestras creencias. Carece por completo del fanatismo protestante, tan fuerte entre los pequeños tenderos (en su mayor parte metodistas), á quienes debemos las vaguedades de lo que ahora se llama la «Conciencia No-conformista». Más aún: muchas veces debéis haber observado en la dicha gente una impresión vaga de que de tener una religión, preferiría la católica, por ser en cierto modo algo más sincera. Así, pues, si no favorable, habéis

tenido un terreno neutral, resultando que os veis obligado á admitir que hay cierto estado de desarrollo en el que los hombres no necesitan religión de *ninguna* clase. Son gentes muy respetables á su manera; no les «ciega» ni el pecado ni la superstición, sólo que no hay en ellas nada que responda á vuestros más profundos argumentos ó á vuestras más desapasionadas amonestaciones. En este punto no son muy diferentes de la generalidad de las personas religiosas; lo único que hay, es que sus circunstancias no han impreso en ellas la necesidad de «creer», y dicen abiertamente y en alta voz lo que sienten. El cómo pueda conciliarse este hecho indudable con la creencia cristiana de que toda esta gente tiene almas que deben «salvarse» por medio de la religión, dentro de los pocos años de su presente vida terrestre, sopena de condenación eterna, es un misterio (como diríais vos) cuya explicación os dejo. Para mí el asunto es muy sencillo; es tan solo un paso necesario en su progreso á través de las edades. Según se vayan elevando en sus vidas futuras, el Invisible volverá á apoderarse de ellas, tenedlo por seguro; tienen tiempo suficiente por delante.

Pero no será al Cristianismo adonde volverán. Como os dije en mi última carta, la gente ha cambiado mucho en los últimos 2,000 años, y cambiará más y más á medida que transcurra el tiempo. Hay dos historias que sirven de ejemplo al cambio á que me refiero. Al ser instruído para el bautismo un príncipe pagano (Clodoveo, según creo), el obispo le describía los sufrimientos y muerte de Cristo. Conforme escuchaba, la cara del viejo guerrero se encendía, su mano buscaba instintivamente el puño de la espada, y por último, exclamó: «¡Ah, si yo hubiese estado allí con mis francos!» Ahora el contraste. La misma historia fué repetida á un pagano de nuestro propio país y en nuestro propio siglo; escuchó con la boca abierta sin que su semblante manifestara expresión alguna, hasta que después de una pausa, iluminàronse sus ojos con una idea, y contestó con viveza: «Bueno, ya hace mucho tiempo de eso, y *es de esperar que no sea verdad.*»

Sin embargo, ni aun esto explica las dificultades con que tropezáis. Vuestro pretendido catecúmeno no se contenta con escuchar en silencio reverente ó de otro modo; principia á hacer preguntas, y de las más inconvenientes, y como no os halláis entonces en las inaccesibles alturas del púlpito, tenéis que dar una respuesta. Hay muchas preguntas que yo haría en su lugar, y que él no puede formular por su ignorancia, y que

por tanto, tratándose de este particular, no quiero hacer. No os exigiré ahora una explicación de *cómo* fué que el único Hijo de Dios tomó carne humana y nació como Jesús; dejo este asunto con solo la tranquila observación de un distinguido filósofo indio, de que: «los cristianos no entran en el análisis claro de las proposiciones que presentan.» No os preguntaré si el Dios que exigió y se complació con la sangre de Jesús, era su Padre Celestial, á quien Él tan á menudo oraba, ó era más bien el Jehovah hebreo á quien se hacía propicio con la sangre de toros y cabras que diariamente se derramaba en su altar; el Dios de los fariseos, perentoriamente rechazado por el mismo Jesús, como «vuestro padre el demonio». Dejaré sin preguntar si fué el Dios Todopoderoso y Sabio el que permitió que muriese el gran Maestro antes de encontrar un solo discípulo que fuese por completo capaz de recibir su amor. «(Tengo muchas cosas que deciros, pero no son todavía para vosotros)», dejando después que las grandes verdades que predicara fuesen desnaturalizadas por discípulos á medio enseñar, convirtiéndolas en lo que ahora vemos. A estas preguntas y otras mil por el estilo que pueden hacerse, sólo podéis contestar: «Estos son misterios», á lo cual nuestra réplica es igualmente breve: «*No* son misterios, son blasfemias contra el Amor Divino y la Sabiduría Divina que pretendéis glorificar.» Pero pasemos por alto todo esto ahora, y limitémonos á lo que los habitantes del *East End* pueden preguntar y preguntan, que poco más ó menos es lo siguiente:

Decís que Dios me ama, y que envió á Su Hijo á morir por mí. Todo eso está muy bien; pero ¿qué beneficio he obtenido de ello? ¿Cómo es que me hallo hambriento á pesar de todo? ¿Que obtendré el cielo? ¿Cómo sabré que es cierto? ¿Ha vuelto álguien del Cielo á decir que lo ha obtenido? ¿Cómo podéis demostrarme que la salvación que me prometéis no es sencillamente una salvación imaginaria de un peligro también imaginario? ¿No puede el amor de Dios proporcionarme nada mejor que la miseria en que vivo? ¿Es esto la *bondad* por la cual decís que debo dar gracias? ¿Es probable que obtenga una vida algo mejor para mi mujer é hijos si me «convierto»? Si es así, os escucharé con mucho gusto; pero lo que veo á mi alrededor, es que mientras menos escrupuloso y más egoísta es el hombre, tanto más medra, y por otra parte, *no* veo que sufra por ello en el infierno cuando muere. Ni tampoco sería consuelo alguno para mí si yo lo viese *efectivamente*; esto no me devolvería los seres queridos que lentamente han perecido de hambre en beneficio suyo. La venganza,

cierto, es algo; pero no es lo que necesito como religión. La policía evita que se me robe ó asesine; la Escuela pública da á mis hijos la probabilidad de elevarse sobre las profundidades en que yo vivo; si queréis mi bien, dadme los medios para poder vivir decentemente en *este* mundo; que haya ó no otro después, me importa poco.

¿Qué haréis, pues, con él? Decís que estáis resuelto á no ceder en vuestros esfuerzos, que continuaréis trabajando; pero ¿qué vais á decir?

¿Le vais á hablar de la Iglesia, pasando de una edad á otra, sosteniendo la verdad de Dios y segura del triunfo final? Así hacía la Iglesia primitiva. Podéis entrar en la Catedral de cierta ciudad de Italia, y ver allí un antiguo crucifijo, tan antiguo, que su época era desconocida cuando dió ocasión á nuestro segundo rey Guillermo de pronunciar su juramento favorito: «Por la Santa Cara de Lucas.» Es una figura sorprendente. El Cristo está vestido y coronado. Sus brazos no están clavados, sino libremente extendidos para abrazar á la Humanidad; la realización completa «del Dios que reinaba desde el árbol»; el Cristo del moto triunfante, que podéis aún ver grabado en todas las iglesias del Norte de Italia: «¡Cristo ha triunfado, Cristo gobierna, Cristo reina!» Ser cristiano cuando tales cruces se labraron, era sentir la gloriosa conciencia de formar parte del gran Poder que mueve el mundo; *¡entonces* sí era la religión una fuerza en la vida!

¿Pero os atreveríais, aunque sólo fuera á indicar á *vuestro* auditorio, que Cristo *ha* reinado durante dieciocho siglos, y que esto es lo que su gobierno ha dado por resultado? Sabéis demasiado bien que precisamente en el mundo cristiano nominal es donde el trabajo y otras perturbaciones han surgido; que en ninguna parte, fuera de los países cristianos, se encuentra la completa, la absoluta degradación del ser humano por debajo del nivel del bruto que puede verse en ciertas partes de Londres, de Liverpool y de Nueva York; que año tras año nos amenaza más y más claramente el cataclismo social, terrible sobre todo lo que pudiera imaginarse, y sin embargo, es ciertamente la única esperanza de un porvenir más noble y mejor, y ante él es el Cristianismo tan impotente é inútil, como los gastados Dioses de Roma ante una catástrofe anterior. No, no os atreveréis á predicar que «todo está dispuesto por Dios para lo mejor» á vuestro auditorio del *East End.*

Faltando esto, por ser quinientos años demasiado viejo, ¿cómo vais *ahora* á presentar al Cristo que predicáis? Italia proporciona nuevamente

la contestación. Pasad de la Santa Cara de Lucas ó las obras maestras de los grandes artistas del Renacimiento; los veréis contendiendo entre sí sobre quién producirá la imagen más hermosa, no ya del Rey triunfante en la Cruz, sino del ser humano azotado, víctima de las torturas, clavado al árbol de la vergüenza. Para ellos Cristo ha cesado de reinar; sus sacerdotes ya no pretenden reverencia para el Rey, sino que se hallan reducidos á pedir piedad para el Martir; en una palabra, reconocen que EL MUNDO SE HA MOVIDO, y que con un mundo nuevo deben emplear nuevos medios. Estos medios nuevos, esta apelación á las emociones, que durante los últimos trescientos años han constituído la fuerza del Cristianismo, han debido ya, en este tiempo, haber probado su eficacia; ¿creéis *puedan* proporcionarle un éxito mejor?

No quiero ni por un momento decir con esto que tales llamamientos han perdido por completo su virtud. Los miles, más aún, los millones de buenas almas de quienes el Jesús crucificado recibe todavía todo el amor, la piedad y la simpatía que para Él piden, son existencias reales y hermosísimas; ¡todo honor para ellas! Pero el porvenir del mundo no depende de ellas; son niños «que aún se alimentan con leche», pero nosotros dos nos ocupamos de los hombres; ¿podéis vos despertar sus emociones?

Son gente seria que no se van de vuestro lado, por necesitar algo que los excite ó divierta. No es el caso para oficios con música, luces é incienso; no podéis, como el antiguo fraile de la fiesta italiana, hacerlos volver hacia vuestro púlpito blandiendo vuestro crucifijo con el grito: «*¡Ecco il vero Pulcinello!*» Conocéis demasiado el mundo para soñar en ir de un lado á otro de Whitechapel ó de Mile End (1) con un gran crucifijo y una campanilla, aun cuando la policía os lo permitiera. Y la insistencia sobre los sufrimientos físicos en la Cruz, que ya ha sido llevada al extremo mayor posible, y que está perdiendo su poder hasta sobre vuestros propios fieles y en nuestras propias iglesias, es completamente imposible en el *East End*. Al paso que la «buena sociedad» se desmaya ante la cortadura de un dedo, el sufrimiento humano de cualquier forma y grado es *allí* familiar; pocos son los que no han visto en los hospitales de Londres lechos de muerte, cuya cruel agonía no ha terminado en tres horas, sino que ha durado largos días y semanas de torturas; y esto, muchas veces, por lo que ellos pueden ver, tan inmerecido como los sufrimientos de

(1) Barrios de Londres. — *(N. del T.)*

Jesús. Penas, vergüenza, dolores, son para ellos demasiado reales y presentes para poder llorarlos, por haber acaecido á alguien hace dos mil años; son el misterio del momento cuya explicación os piden. Si tenéis una que darles, será bien venida; con alegría fundarán sus esperanzas en el porvenir, si podéis presentárselo comprensible; de otro modo, continuarán sufriendo en silencio y tomando lo que venga. Y esta paciencia resuelta, aunque sin esperanza, no es una actitud que carezca de dignidad; es, después de todo, más noble que la de la gente más pequeña y egoísta que está pronta á hacer cualquier cosa para «salvar sus almas». No es la menor condenación del moderno Cristianismo, así como de la moderna economía política, el que sólo pueda tener eco en lo que no podemos menos de sentir que es la parte inferior de nuestra naturaleza.

Poniendo, pues, á un lado, como inútiles estos dos sistemas de tratar, iba á decir vuestro rebaño, pero es más bien las ovejas que no quieren venir á vuestro redil; me temo que no podamos seguir adelante sin recurrir al último resorte de los teólogos, su *Deus ex machina, la úlima ratio católica,* y aún más protestante: el demonio. Pero el debido respeto hacia un carácter tan importante, exige un nuevo principio, y así terminaremos por hoy aquí; y en mi última epístola haré cuanto pueda para resolver la cuestión de si el temór del demonio puede verdaderamente hacer por vosotros lo que no obtiene el amor de Dios. Esto parece irreverente, pero la irreverencia no es mía; no tengo yo la culpa de que la mayoría de los cristianos, tanto laicos como eclesiásticos, obren y hablen como si verdaderamente fuese el temor al demonio el principio de la sabiduría. En la *Biblia* se lee otra cosa: «mais nous avons changé tout cela». Vos, sin embargo, lo mismo que yo, pertenecéis á la antigua escuela; y puedo expresarme libremente, sin temor de ofenderos con la franqueza de mi lenguaje.

ARTHUR A. WELLS.

(Se continuará.)



REENCARNACIÓN

(CONTINUACIÓN)

Como ya hemos visto, la mónada humana es triple por naturaleza, siendo sus tres aspectos respectivamente denominados el Espíritu, el

Alma espiritual, y el Alma humana, ó sea Âtmâ, Buddhi, Manas. Sin duda alguna, en el transcurso de los ciclos de la evolución, la mónada evolucionadora de la forma podría desenvolver el Manas por medio del desarrollo progresivo; pero tanto en la pasada raza humana como en los animales al presente, no es este el curso de la Naturaleza. Cuando la morada estuvo dispuesta, el que debía habitarla fué enviado: de planos superiores del ser descendió la vida âtmica, velándose en Buddhi como un hilo dorado, y mostrándose en su tercer aspecto, Manas. En los niveles superiores del mundo sin forma del plano mental, se produjo el Manas germinal dentro de la forma, surgiendo de esta unión el cuerpo causal embrionario. Esta es la individualización del espíritu, su clausura dentro de la forma; y este espíritu así encerrado en el cuerpo causal, es el alma, el individuo, el hombre real. Este es el momento de su nacimiento, porque, aunque su esencia es eterna, nonnata y sin fin, su nacimiento en el tiempo como individuo es definido.

Además, esta emanación de vida llega á las formas en evolución no de un modo directo sino por intermediarios. Cuando la raza ha alcanzado el punto en que es apta para recibir la mente, los grandes seres llamados Hijos de la Mente (1) lanzan en los hombres la chispa monádica de Âtmâ-Buddhi-Manas, necesaria para la formación del alma embrionaria. Y algunos de estos grandes seres encarnaron realmente en formas humanas, para servir de guías é instructores á la humanidad en su infancia. Estos Hijos de la Mente habían completado su propia evolución intelectual en otros mundos, y vinieron á este mundo más joven, nuestra tierra, con objeto de prestar auxilio á la evolución de la raza humana. Son, en realidad, los padres espirituales de la masa de nuestra humanidad.

Otras inteligencias de grado mucho más inferior, hombres que habían evolucionado en ciclos precedentes en otro mundo, encarnaron también entre los descendientes de la raza que recibió sus almas infantiles del modo descrito. A medida que esta raza se desenvolvía, mejorábanse los tabernáculos humanos, y miriadas de almas que estaban esperando la oportunidad de encarnar, lo verificaron entre sus hijos. Estas almas, parcialmente desenvueltas, se mencionan también en los anales antiguos como Hijos de la Mente, porque poseían mentalidad, aunque relativamente poco desarrollada: almas niños, pudieran llamarse, para distinguirlas

(1) El nombre técnico es Mânasa-putra, término sanskrito que corresponde á Hijos de la Mente.

de las almas embrionarias de la masa de la humanidad y de las almas maduras de aquellos grandes Maestros. Estas almas niños, á causa de su inteligencia más desenvuelta, constituyeron los tipos directores en el mundo antiguo, las clases superiores en inteligencia, y, por tanto, aptas para adquirir conocimientos y para dominar á las masas de los hombres menos desarrollados. De este modo se han originado en el mundo las enormes diferencias mentales y morales que separan á las razas más desarrolladas de las menos desenvueltas, distinguiendo, aun dentro de los límites de una misma raza, al elevado pensador y al filósofo del tipo casi animal de los hombres más perversos. Estas diferencias dependen sólo del grado de evolución, de la antigüedad del alma, y han existido siempre en toda la historia de la humanidad de este globo. Retrocédase cuanto se pueda en los anales históricos, y se encontrarán siempre juntas la inteligencia elevada y la baja ignorancia; y los anales ocultos, que nos llevan aún mucho más lejos, cuentan una historia parecida de los primeros milenios de la humanidad. Ni debe esto apenarnos, como si unos hubiesen sido indebidamente favorecidos y otros injustamente cargados para la lucha de la vida. El alma más elevada ha tenido su juventud y su infancia allá en mundos anteriores, en donde otras almas estaban tan por encima de ella como están ahora otras por debajo; el alma más ínfima tiene que subir adonde se hallan las más altas; y almas aún no nacidas ocuparán su puesto en la escala de la evolución. Las cosas presentes parecen injustas porque sacamos á nuestro mundo fuera de su lugar en la evolución, y lo colocamos aparte, aislado, sin antecesores ni sucesores. Nuestra ignorancia es la que supone la injusticia; los métodos de la Naturaleza son iguales, y á todos sus hijos da infancia, juventud y edad madura. No es culpa suya que nuestra necedad exija que todas las almas ocupen el mismo grado de evolución á un tiempo mismo, y grite «¡Injusticia!» si la exigencia no se realiza.

Se comprenderá mejor la evolución del alma, considerándola desde el punto en que la dejamos, cuando el hombre-animal se hallaba en estado de recibir, y recibió el alma embrionaria. Para evitar toda mala inteligencia posible, conviene explicar que desde este momento no existieron dos mónadas en el hombre, ó sean la que había construido el tabernáculo humano, y la que descendió á este tabernáculo, y cuyo aspecto inferior era el alma humana. Citando otro símil de H. P. Blavatsky, diremos que así como dos rayos de sol pueden pasar á través del agujero de un posti-

go y mezclarse formando uno solo, aun cuando habían sido dos, así sucede con estos rayos del Sol supremo, el divino Señor de nuestro universo. Cuando el segundo rayo penetró en el tabernáculo humano, se confundió con el primero, añadiendo meramente al mismo nueva energía y brillo, y la mónada humana, *como una unidad*, principió su gran tarea de desenvolver en el hombre los poderes superiores de aquella Vida divina de donde procedió.

El alma embrionaria, el Pensador, tenía en un principio por cuerpo mental embrionario, la envoltura de materia mental que la mónada de forma había traído consigo, pero que aún no había sido organizada para ningún posible funcionamiento. Era tan sólo el mero germen de un cuerpo mental unido al germen de un cuerpo causal, y durante muchas vidas dominaron en absoluto al alma los fuertes deseos naturales, precipitándola en el torbellino de sus propias pasiones y apetitos, donde era combatida por las furiosas olas de su propia animalidad sin freno.

Por repulsiva que en el primer momento pueda aparecer esta vida primitiva del alma, cuando se la mira desde el estado más elevado que hemos alcanzado, fué, sin embargo, necesaria para la germinación de las semillas de la mente. El reconocimiento de la diferencia, la percepción de que una cosa es distinta de otra, es un preliminar esencial para el pensar; y á fin de despertar esta percepción en el alma no pensante aún, eran necesarios contrastes fuertes y violentos que, chocando con ella, le impusiesen sus diferencias: golpe tras golpe del placer desenfrenado, golpe tras golpe del dolor desesperante, así batió el mundo externo el alma por medio de la naturaleza de deseos, hasta que las percepciones principiaron lentamente á formarse y á ser registradas después de repeticiones innumerables. Las pequeñas adquisiciones que en cada vida se hacían, fueron acumuladas por el Pensador, y de este modo principió á progresar lentamente.

Lentamente, en verdad, pues apenas si algo era *pensado*; y por tanto, apenas si se hacía algo para la organización del cuerpo mental; y hasta que en éste no estuvieron grabadas un gran número de percepciones como imágenes mentales, no hubo material sobre el cual pudiera basarse la acción mental iniciada internamente; ésta principia cuando al juntar dos ó más de estas imágenes mentales, resulta de ellas alguna deducción por elemental que sea. Esta deducción fué el principio del razonamiento, el germen de todos los sistemas de lógica que la inteligencia humana ha

desenvuelto ó se ha asimilado desde entonces. Estas inducciones eran todas hechas en un principio en beneficio de la naturaleza de deseos, para aumentar los goces y disminuir el dolor; pero cada una de ellas aumentaba la actividad del cuerpo mental y lo estimulaba á obrar más prontamente.

Se verá, pues, por esto, que en este período de su infancia el hombre no tenía conocimiento del bien ni del mal: éstos no existían para él. El bien es lo que está de acuerdo con la voluntad divina, es lo que ayuda al progreso del alma, lo que tiende á fortalecer la naturaleza superior del hombre y á la educación y dominio de la inferior; el mal es lo que retarda la evolución, lo que detiene al alma en los estados inferiores después que ha aprendido las lecciones que en ellos se enseñan; lo que tiende al dominio de la naturaleza inferior sobre la superior, y asimila al hombre con el bruto, al que debiera sobreponerse, en vez de identificarlo con el Dios que debiera desenvolver. Antes que el hombre supiera lo que era el bien, tenía que conocer la existencia de la ley, y esto sólo podía saberlo, siguiendo todo lo que le atraía en el mundo externo, abalanzándose á todo objeto de deseo, y luego aprendiendo por la experiencia, dulce ó amarga, si su goce estaba en armonía ó en oposición con la ley. Tomemos como ejemplo un hecho vulgar: la comida de manjares apetitosos, y véase cómo el hombre niño podía aprender con esto la existencia de una ley natural. La primera vez, su hambre quedó apaciguada, su gusto satisfecho, y sólo placer resultó de la experiencia, porque su acción estaba en armonía con la ley. En otra ocasión, deseando aumentar el placer, comió demasiado y sufrió las consecuencias, porque entonces violó la ley. Para la inteligencia que alboreaba, debió ser una experiencia confusa como lo que causaba placer, se convertía en dolor por el exceso. Una y otra vez el deseo le inducía á excederse, y en cada ocasión experimentaba las dolorosas consecuencias, hasta que, finalmente, aprendió la moderación, esto es, aprendió á ajustar sus actos corporales en este punto, á la ley física; pues vió que había condiciones que le afectaban y que no podía dominar, y que sólo conformando sus actos á las mismas, podía asegurar la felicidad física. Experiencias semejantes afluyeron á él por medio de todos los órganos corporales con constante regularidad; la satisfacción de sus deseos le ocasionaba placer ó dolor, según se hallasen ó no en armonía con las leyes de la Naturaleza, y á medida que la experiencia aumentaba, principió á guiar sus pasos, á influir en sus decisiones. Y en cada nueva vida

no tenía que principiar de nuevo tal aprendizaje, porque en cada nacimiento aportaba algún aumento de facultades mentales, un depósito de experiencias cada vez mayor.

Ya hemos dicho que el desenvolvimiento en aquellos primeros días era muy lento, porque no existía más que el albor de la acción mental, y cuando el hombre abandonaba su cuerpo físico al morir, gastaba la mayor parte del tiempo en Kâmaloka, pasando en sueño un corto período devachánico para la asimilación inconsciente de pequeñas experiencias mentales, no bastante desarrolladas aún para la vida activa celeste, la cual tenía en perspectiva para mucho más adelante. Sin embargo, el cuerpo causal permanente existía allí, siendo el receptáculo de sus cualidades, y conservándolas para mayor desenvolvimiento en la próxima vida terrestre. La parte que el alma monádica de grupo representaba en los primeros grados de la evolución, está representada en el hombre por el cuerpo causal, y esta entidad permanente es la que en todos los casos hace posible la evolución. Sin él, la acumulación de las experiencias mentales y morales, que se muestran como facultades, sería tan imposible, como sería la acumulación de las experiencias físicas, que aparecen como cualidades características de raza y de familia, sin la continuación del plasma físico. Almas sin un pasado, viniendo á la existencia desde el no ser, con peculiaridades mentales y morales marcadas, es un concepto tan monstruoso como lo sería el de niños que apareciesen repentinamente sin proceder de parte alguna, sin estar relacionados con nadie ni con nada, pero mostrando, sin embargo, tipos marcados de raza y de familia. Ni el hombre, ni su vehículo físico, carecen de causa: provienen del poder creador directo del Logos; y en esto, como en otros casos, las cosas invisibles se perciben claramente por su analogía con lo visible; pues, verdaderamente, lo visible no es más que la imágen, la reflexión de cosas que no se ven. Sin una continuidad en el plasma físico, no existirían medios para la evolución de las peculiaridades físicas; sin la continuidad de la inteligencia, no existirían medios para la evolución de las cualidades mentales y morales. En ambos casos, sin la continuidad, la evolución se detendría desde su primera etapa, y el mundo sería un caos de comienzos infinitos y aislados, en lugar de un Cosmos en progreso constante.

No debemos pasar por alto la circunstancia de que en aquellos primeros tiempos el medio ambiente que rodeaba al individuo, producía mucha variedad en el tipo y en la naturaleza del progreso individual. En último

término, todas las almas tienen que desarrollar sus poderes por sí mismas; pero el orden en que se desarrollan estos poderes, depende de las circunstancias en que se halla colocada el alma. El clima, la fertilidad ó esterilidad de la naturaleza, la vida de la montaña ó de la llanura, de los bosques interiores ó de las costas oceánicas, estas y otras innumerables cosas despertarán á la actividad una serie ú otra de energías mentales. Una vida de grandes trabajos, de lucha incesante con la naturaleza, desarrollará poderes muy diferentes de los que se desenvolverían en medio de la abundancia exuberante de una isla tropical; ambas series de poderes son necesarias, pues el alma tiene que conquistar todas las regiones de la naturaleza; pero de este modo pueden desarrollarse diferencias sorprendentes aun en las almas de la misma edad, pudiendo aparecer una más adelantada que la otra, según que el observador aprecie más los poderes «prácticos» ó los «contemplativos» del alma, las energías activas externas ó las tranquilas facultades internas de meditación. El alma perfeccionada los posee todos; pero el alma en progreso tiene que desarrollarlos sucesivamente, y esto da lugar á otra de las causas de la inmensa variedad que se encuentra en los seres humanos.

Y nuevamente debemos hacer presente que la evolución humana es individual. En un grupo informado por una sola alma monádica de grupo, se encontrarán los mismos instintos en todos los individuos que este grupo componen, porque el receptáculo de las experiencias es su alma monádica, la cual vierte su vida en todas las formas que de ella dependen. Pero cada hombre tiene su vehículo físico propio, y sólo uno á la vez, siendo el receptáculo de todas las experiencias el cuerpo causal, que vierte su vida en su vehículo físico único, y no puede afectar ningún otro físico, porque con ningún otro está relacionado. De aquí que encontremos que las diferencias que separan á los hombres individualmente, son mayores que las que jamás han separado á animales estrechamente relacionados, y de aquí también que la evolución de las cualidades no puedan estudiarse en la masa de los hombres, sino siempre en el individuo permanente. El no poder hacer semejante estudio es lo que impide que la ciencia no pueda explicar por qué algunos hombres se hallan tan por encima de sus semejantes: gigantes intelectuales y morales, sin que se pueda trazar la evolución intelectual de un Shankarâcharya ó de un Pitágoras, la evolución moral de un Buddha ó de un Cristo.

Consideremos ahora los factores en la reencarnación, toda vez que es

preciso un conocimiento claro de los mismos para la explicación de algunas de las dificultades, tales como la supuesta falta de memoria y otras, conque tropiezan los que no están familiarizados con esta idea. El hombre á su paso, después de la muerte, por Kâmaloka y Devachán, pierde, uno después de otro, sus diversos cuerpos: el físico, el astral y el mental. Estos se desintegran todos, y sus partículas vuelven á mezclarse con los materiales de sus respectivos planos. La relación del hombre con el vehículo físico es por completo destruída; pero los cuerpos astral y mental transmiten al hombre mismo, al Pensador, los gérmenes de las facultades y cualidades resultantes de las actividades de la vida terrestre, los cuales son almacenados en el cuerpo causal, como simiente de sus próximos cuerpos astral y mental. Así, pues, sólo queda entonces el hombre mismo, el labrador que ha traído á casa la cosecha y ha vivido de ella hasta su completa asimilación. El amanecer de una nueva vida principia, y tiene que partir de nuevo á su trabajo hasta el obscurecer.

La nueva vida principia con la vivificación de los gérmenes mentales, los cuales atraen materiales de los planos mentales inferiores hasta formar con ellos un cuerpo mental que representa exactamente el grado mental del hombre, expresando todas sus facultades mentales como órganos; las experiencias del pasado no existen como imágenes en este nuevo cuerpo; como tales imágenes, perecieron cuando pereció el antiguo cuerpo mental, y sólo permaneció la esencia, los efectos de aquéllas como facultades; eran el alimento de la mente, los materiales que ésta convertía en poderes, y en el nuevo cuerpo reaparecen como tales poderes, determinan sus materiales y forman sus órganos. Cuando el hombre, el Pensador, se ha revestido así de un nuevo cuerpo para su próxima vida en los planos mentales inferiores, procede, vivificando los gérmenes astrales, á proveerse de un cuerpo astral para su vida en el plano astral. Este representará exactamente su naturaleza de deseos, que reproducirá fielmente las cualidades que desenvolvió en el pasado, de la misma manera que la semilla reproduce al árbol padre. De este modo se encuentra el hombre completamente equipado para su próxima encarnación, y la única memoria de los sucesos de su pasado se encuentra en su cuerpo causal, su propia forma permanente, el único cuerpo que pasa de una vida á otra.

Annie BESANT

(Se continuará.)

VARIEDADES HISTÓRICAS[1]

POR **FILADELFO** (M. S. T.)

(CONTINUACIÓN DE LA EVOLUCIÓN DE LOS JUDÍOS)

Si reflexionamos acerca de la moral del Decálogo — lejana tradición humana — nos convencemos de que todavía se practica hoy día, y de que constituye la base de las leyes sociales. Lo que se llama «Sociedad» está fundado en la aplicación de estas últimas. La guerra, asesinato colectivo, está reprobada, salvo, por supuesto, cuando se trata de la propia defensa: *no de conquistas*. «*No matarás.*» Esto es claro y terminante. *No matarás*, y se refiere este mandamiento tanto á los que forman el grupo social, como á los de fuera. La guerra, por más que digan Federico Nietzche y Moltke, alemanes contemporáneos descendientes de los bárbaros de Germania, no es escuela de virtudes; es la escuela de violencias, rapiñas é inmoralidades. *Defendéos si os atacan*, sea; *mas nunca parta la ofensiva de vosotros.* La sangre derramada pide venganza derramada «en masa» ó «individualmente.»

El horror inspirado por la sangre es un elemento característico del espíritu judío. No ha inventado las leyes mosaicas reveladas (*a*) por *iniciados* hebreos, (*b*) inspiradas en fuentes caldeas y egipcias; cúpole en suerte la honra de vulgarizar aquéllas, impregnando al mundo de ese espíritu. Todas las tradiciones se corrompen y pierden: preciso es volver á su primitiva pureza. Es necesario protestar nuevamente contra la guerra, el homicidio privado, el adulterio y el robo, bajo sus múltiples y civilizadas formas.

Nunca se podrá insistir bastante sobre el doble aspecto de la costumbre europea, que pasa por cristiana, según la cual, si matáis á un hombre os dan garrote, y si quitáis la vida á dos millones de seres, os levantan estatuas. Esto no debe ser. Individual ó colectivo, el homicidio, homicidio es. Es la vida, cuyo curso espontáneo queda detenido.

¿Acaso no es la verdad *una* en todas partes?

«No matarás» sin excepción alguna. No bastan los soberbios palacios de justicia levantados en todas las ciudades; preciso es instituir *cen-*

---

(1) Escrito en francés expresamente para SOPHÍA.

tros de justicia internacionales. Es preciso juzgar á los que juzgan, y que desvían al pensamiento con la contradicción que presenta una moral pacífica por dentro, batalladora y cruel por fuera. Tanto la moral judía como la brahmánica y la buddhista, son una misma. Sólo es explícita la primera en todo aquello que se refiere á la *vida misma*; en cuanto á los problemas relacionados con el «más allá», guarda silencio. En ninguna parte emiten los libros sagrados opinión ó doctrina alguna expresa respecto á la vida futura: es un *postulado.*

Porque ¿qué significa una vida religiosa, llena de prácticas y observancias, si no conduce á otra vida *transcendente?* Si sólo se trata de una moral social positiva, análoga á la de los utilitaristas, de los positivistas, no se comprende en ese caso el sentido de todas esas prescripciones místicas.

Conclusión: La vida judía afírmase por el Decálogo y su moral, por los mandamientos sobre añadidos, y la tradición *oral* unida á la tradición escrita.

Nuestros amigos los Brahmanes comprenderán, sin duda alguna, el sentido y el alcance de aquellas enseñanzas *orales.*

Los hindos, así como los israelitas (y los chinos quizás), son los únicos que lograron enlazar los eslabones de su raza, de su historia y de su vida religiosa. Trabajemos á unir esos pueblos entre sí; á que se conozcan unos á otros.

Cierto es que siempre practicaron los israelitas el particularismo y el exclusivismo; pero dicen sus libros religiosos: «*Los justos de todas las naciones participarán de la vida futura.*» «*Amarás á tu prójimo como á ti mismo.*» «*Serás bueno hacia el extranjero, pues tú mismo fuiste extranjero en Egipto.*»

Medite estas palabras el ciego voluntario que no reflexiona, no estudia, no analiza. Dejemos de atacarnos, de odiarnos é ignorarnos mutuamente. No; no es el amor una religión, una fe propia de seres débiles. El amor es fuerte porque sabe. Es fuerte porque domina el tiempo, y porque transmite eternamente á través de los espacios la Sagrada Chispa de Vida. Es fuerte porque renace de sus cenizas, y porque halla en la muerte, en la destrucción mismas, nuevos elementos de fecundidad, de poder y de duración.

FILADELFO.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA PRENSA

Le Lotus Bleu, de Septiembre (del cual no pudimos hablar en nuestro último número) contiene el siguiente importante sumario: «Comentarios sobre la *Luz en el Sendero*» (△); «El Hombre Rojo» (Guimiot); «Bajo el árbol Bodhi» (Luxame); «Asia y lo inalcanzable» (Aniketa); «Roma» (Keightley); «Reencarnación de los animales»; «La Plétora» (Doctor R. C. Fisher); «Jakin y Boas» (Dr. Pascal); «Variedades ocultas»; «Preguntas y respuestas; «Pensamientos» (H. S. Olcott); «Ecos del mundo teosófico»; «Revista de Revistas», y «Bibliografía», por D. A. C. El correspondiente á Octubre también es notabilísimo.

La Ciencia del Siglo XX. — Su núm. 20 es extraordinario, é indudablemente habrá llamado la atención de todos sus lectores por el asunto de que trata, «El Poema Científico de la Luna», en el cual pretende su ilustrado autor probar, bajo tan poético título, que la Luna es muy posterior á la Tierra, ó por lo menos que no fué conocida por el hombre hasta hace unos 5.000 años. Por nuestra parte, creemos que el Sr. D. Pedro Arnó Pausas no ha estado esta vez tan afortunado como cuando dió su conferencia sobre la Luna, y quizás pronto vea pruebas que le demuestren la poca solidez de sus últimos argumentos. (También hemos recibido el núm. 21.)

Mercury, de San Francisco, entre los importantes trabajos que inserta, vemos los siguientes: «Pensamiento», por Lapsley; «El Espiritualismo á la luz de la Filosofía», por la Condesa de Wachtmeister, y «La Muerte, ¿y después?», por Annie Besant.

L'Humanité Intégrale, de París, también publica interesantes trabajos, entre ellos: «Falanges internacionales de Armonía Universal», por E. Potonié-Pierre; «La Vida y los Mundos», por M. George, y otros cinco más.

The Theosophist, de Madras, contiene quince importantísimos trabajos en 64 + IV páginas, y entre ellos (y no insertamos el sumario por absoluta imposibilidad de espacio), los siguientes: «Iniciación», por A. Fullerton; «Realidad», por A. Aina; «Los Antiguos Misterios», y otros.

The New Century. — Hemos recibido los núms. 2 y 3 del vol. I de este colega teosófico de Nueva-York, que está ilustrado con grabados, y contiene sumarios del mayor interés é importancia.

Sbobnik pro Filosofii Mystiku a Okkultismus, de Praga. — Hemos, asimismo, recibido los núms. 8 y 9 de este excelente colega, que contiene también importantísimos trabajos (de ocultismo sobre todo), y que merece recomendación.

Revista Espiritista de la Habana. — El núm. 9 del año X, publica importantes trabajos (como «Cartas á mi Hija», «Magia», y otros) que recomendamos á los demás colegas de las mismas ideas que el de la Habana, empeñados en llevar á éstas por el camino de la izquierda ó de la Magia Negra, exponiendo á los infelices «mediums» á miles de graves peligros, tanto físicos como psíquicos y espirituales. En «El Secreto de Hermes», se equivoca el articulista, entre otras cosas, al juzgar el panteísmo de «materialismo enmascarado»; pues debiera saber que hay panteísmos y Panteísmo; ahora, si lo toma en la acepción vulgar de la palabra...

La Revelación, de Alicante, en su número correspondiente á Octubre, y en el artículo IV de «Las Noches Alicantinas» (que debe ser de la Redacción del colega, porque no está firmado), el articulista habla de la obra «Por las Puertas de Oro», calificándola de budhista; y como esto no es cierto, y nosotros somos amantísimos de la verdad, con todos los respetos y salvedades debidas, nos atrevemos á preguntar á *La Revelación*: ¿Conoce «Por las Puertas de Oro?» ¿Cree sinceramente que es budhista? Y si no es así, ¿confesará que se ha equivocado de medio á medio?; esperando tranquilos su cortés y honrada contestación, que le suplicamos.

Constancia, de Buenos Aires, publica en su núm. 535 un trabajo de Eliphas Levi, acerca de la Luz Astral, muy interesante por cierto (aunque no nuevo para nosotros); y como este es el camino para dar á conocer la verdad á sus lectores espiritistas, aplaudimos sin reservas la tendencia que va tomando *Constancia*, como queda sin reservas aplaudida la ya adquirida por la *Revista Espiritista de la Habana*.

La Vanguardia, de Barcelona, en su número correspondiente al 23 del pasado, publica un largo é interesantísimo artículo científico fundado en los célebres experimentos

del Dr. Baraduc, los cuales demuestran palmariamente la existencia del segundo principio (empezando por abajo) de la constitución septenaria del hombre... y algo más demuestran también, siendo esto «una señal de la época» que se acerca, y una corroboración científica-*oficial* de nuestras ideas.

El Porvenir, de Algeciras, también ha publicado un curioso caso (*señal de los tiempos*) de sugestión, por el que se ve hasta dónde es posible llegar, en el bien ó en el mal, con esta ramificación inferior del ocultismo práctico.

El Boletín Musical, de Madrid, inserta en su último número un importante trabajo de nuestro amigo Viriato Díaz Pérez, que tiene mucho que leer, y que demostrará á los cultivadores de la música cuán importante puede ser para ellos el estudio de la ciencia teosófica. Nuestros plácemes al amigo Viriato y al conocido maestro, director de *El Boletín Musical*, Varela Silvari.

Theosophia, de Amsterdam, de Octubre, tiene en su importante sumario, entre otros trabajos: «El libro de los muertos», «Los tres sietes», «Nacimiento y evolución del alma», «Sueños» y «Devoción en general».

Journal of the Maha, Bodhi Society. — Los números de Septiembre y Octubre que hemos recibido de este colega buddhista de Calcutta, contienen también importantes trabajos de todo género, y de los cuales sentimos no poder hablar con más extensión por carencia de espacio

The Theosophical Review, de Londres, en su número de Octubre trae, entre otros trabajos á cual más interesantes: «La Cesación del sufrimiento», por Annie Besant; «El Bhagavad Gîtâ» y «El Evangelio», por By Mis Arundale; «Sobre el uso Teosófico de la Imaginación», y ocho artículos más, en 192 páginas de excelente papel y perfectamente impresas.

También hemos recibido, y á todos damos las gracias, *La Lumière*, *Il Vessillo Spiritista*, *El Motín*, *A Lux*, *La Marsellesa*, *Aurora do Cavado*, *Revista Magnetológica*, *La Voz de Sitges*, *el Fénix Mercantil*, *El Eco de Guadalupe*, *Vitalidade*, *El Correo Católico*, *Religione è Patria*, *Lo Judicial y lo Justiciable*, *La Opinión Astigitana*, *La Unión Republicana*, *El Grano de Arena*, *El Socialista*, *El Aviso*, *Gazzetta Magnetico-Scientifica*, *La Unión Espiritista*, *Archivos de Ginecopatía*, *Revista de primera Enseñanza*, *El Socialismo Monárquico*, *El Profesorado*, *El África*, *La Tempestad*, *El Adalid*, *Asociación Rural del Uruguay*, *La República* y *El Pueblo* (diarios de Caracas), *La Escuela Práctica*, *The Venezuelan Herald*, *La Luce*, *Le Phare de Normandie*, *El Curial Español*, *Luz Astral*, *Revista Magnética*, *Constancia*, *El Mortero*, *La Vie D'Otre Tombe*, *La Provincia*, *El Fomento de Salamanca*, *Revista Masónica* (de Buenos Aires), *El Auxiliar*, *El Heraldo de Figueras*, *Revista del Ateneo Obrero* (de Barcelona), *Occidente dos Açorês*, *La Campana del Mattino*, *La Antorcha Valentina*, *El Porvenir*, *El Ateneo*, *Luz Astral*, *El Trabajo Nacional*, *The Vâhan* y *The Theosophical News*.

JOHN FRIAR

LIBROS

Exelsior, por D. Felipe Semillosa. Damos al Sr. Semillosa las más expresivas gracias por el ejemplar que nos dedica. Con gusto hemos leído esta obra, pues aun cuando no estamos conformes con varios de sus conceptos y apreciaciones, precisamente porque al contrario del Sr. Semillosa, supeditamos la Ciencia á la Metafísica y no la Metafísica á la Ciencia y porque creemos que la verdadera Ciencia está en la Metafísica, siendo la Física su cascarón grosero, no por eso dejamos de apreciar la excelencia de la obra, por cuanto le encontramos el mérito inapreciable de perseguir el mismo fin que nosotros: la reacción espiritual de la Sociedad presente, cuyas clases directoras se han sumergido en Materialismo profundo, reacción á su vez del fanatismo y de la esclavitud de la conciencia durante tantos siglos. Así, pues, damos la más cordial bienvenida á este nuevo campeón de la causa del progreso humano, y recomendamos á nuestros lectores su cap. III, cuyas páginas encierran una profecía de muy próxima realización.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.